

El hijo del senador

Mi ama Flavia no me dijo adónde íbamos, pero yo intuí la dirección que tomarían nuestros pasos esa mañana. No es que mi señora hable mucho conmigo; al fin y al cabo, yo, Úrsula, no soy más que una humilde esclava que ni siquiera conoció a sus padres, pero teniendo en cuenta mi misión en su *domus* (nada menos que su sirvienta personal), y que me paso el día pegada a ella, pendiente de todos sus deseos, podría, al menos, mantenerme un poco informada de sus movimientos diarios, para poder así hacer mejor mi trabajo. Pero mi dueña Flavia es una auténtica patricia, descendiente del mismísimo Cesar Augusto, que mora ya entre los dioses, y, como tal, no puede rebajarse a tratar a una insignificante esclava como si fuera una persona.

Toda su fuerza verbal la derrocha, eso sí, con su insigne marido, el senador Marco Aurelio Tácito, ínclito miembro del poder más elevado de Roma. Cuando Apolo está a punto de esconder sus rayos, Severo, el asistente de mi amo, y yo, les servimos la colación vespertina mientras ellos, recostados en su *triclinium*, charlan sobre los asuntos de la urbe. Severo y yo aguardamos respetuosamente junto a los señores, mientras su conversación gira en torno a los últimos movimientos del ejército, los chismes que Marco Aurelio ha oído en las termas, el siguiente espectáculo del Coliseo, la última moda en pelucas importadas de Nubia... El señor sonríe ante los caprichos de mi ama Flavia; no duda en colmar todas sus apetencias, su generosidad no tiene límites. Tras la cena mi amo se incorpora, se acerca a su esposa y rozándole la mejilla, le imprime un suave y cariñoso beso en la frente. Después parte con Severo a las libaciones nocturnas que se celebran en la villa de Cayo Licio, compañero de mi señor en el Senado.

Yo acompaño a mi dueña Flavia a sus aposentos, al otro lado del tranquilo patio con esquinas custodiadas por cuatro fragantes naranjos. Le ayudo a desvestirse y peino sus largos cabellos de color arcilloso. Todas las noches veo formarse en sus ojos una pátina cristalina cuando la dejo, como siempre, sola. Mi amo jamás entra en sus dependencias cuando vuelve. Claro que, según me relató Severo, los jóvenes efebos que frecuentan las veladas de Cayo Licio le dejan bastante agotado. En fin, nada que no pase

en cualquier *domus* romana normal. Pero mi ama es afortunada; su esposo la respeta, le proporciona todo cuanto pide, y jamás caería en la ignominia de repudiarla.

Aquella mañana nos dirigimos, como cada calenda, al mercado de esclavos. Aunque rara vez adquiría alguno, mi señora Flavia, como cualquier dama ociosa que se precie, gustaba de pasearse para contemplar las últimas novedades. Cada vez que veía a un pequeñín lloroso o de ojos asustados se agachaba junto a él e intentaba consolarle, dándole una de las golosinas que guardaba en un costosísimo bolsito de seda rosada.

—¡Por Juno!

Sus ojos habían quedado fijos en un grupo variopinto de esclavos, propiedad del comerciante Sixto Cornelio. Se acercó a uno de los hombres y con la punta de los dedos, como temiendo que fuera a desvanecerse en el aire con su contacto, le acarició el rostro.

—¡Si es su vivo retrato! —exclamó.

Debo admitir que ella estaba en lo cierto. Aquel esclavo parecía mi señor Marco Aurelio en persona: su tez color canela, un punto más oscura que el tono aceitunado de mi amo; el pelo de color negro azulado, que el esposo de mi ama llevaba cuidadosamente recortado; la boca de labios finos, pero bien marcados, y los ojos, de oscura y fiera mirada, que tanto temían los enemigos que mi dueño Marco Aurelio se había creado en el Senado. Sólo se diferenciaban en la complexión. Mientras mi señor se quejaba de su baja estatura y de la incipiente panza que empezaba a cultivar debido a los suculentos manjares de su vida regalada, este hombre era esbelto y fibroso, de largos miembros y dedos ágiles.

—Buena elección, noble dama —gritó Cornelio, acostumbrado a vocear su mercancía—. Una verdadera rareza, traída de un lejano país más allá del Gran Desierto Amarillo, donde moran bestias colosales como una casa, con serpiente en lugar de boca, y gigantescos gatos del tamaño de los fieros leones, con una extraña y vistosa piel rayada. En este país, las costosas especias olorosas crecen en los árboles, y existen enormes palacios revestidos de marfil. Ved qué manos tan finas posee este esclavo. —Agarró una de ellas con la suya regordeta—. Me consta que es un hábil artesano. Aunque si deseáis destinarle a trabajos más pesados, no os dejéis

engaños por la delgadez de su brazo, que es duro como una roca. ¡Tocad, tocad!

Mi señora Flavia comprobó que las palabras del comerciante eran ciertas.

—¿Tiene nombre?

—Om Puri, noble dama.

—Bien, deseo adquirirlo.

Volvimos rápidamente a la villa y ocupamos el resto del día en lavar, acicalar y preparar a Om Puri para presentárselo al amo cuando llegara. Mi dueña Flavia no paraba de gorjeear:

—¡Ya verás qué sorpresa se va a llevar! —y reía quedamente para sus adentros.

En efecto, aquella noche, una vez instalados los amos cómodamente en su *triclinium* y servida la cena, mi señora Flavia palmeó las manos y, como habíamos convenido, apareció Om Puri por la puerta, ataviado con una toga de su esposo que, ciertamente, le quedaba muy corta. Mi señor Marco Aurelio no pudo reprimir su asombro:

—¡Por Neptuno! Pero... ¿quién es?

Mi ama Flavia se llevó la mano a la boca, ocultando una sonrisilla:

—¿No te parece increíble?

—¿Dónde lo has encontrado?

Ambos se levantaron y rodearon al nuevo esclavo.

—Lo vi esta mañana en el mercado. Estaba un poco desaliñado, pero ahora el parecido es aún más evidente.

—Sí, tienes razón. Vaya... —rió también mi señor—, podría enviarle al Senado y nadie se enteraría.

—Siempre y cuando no se levantara del banco —le respondió su esposa.

Los dos se regocijaron improvisando situaciones en las que Om Puri podría confundir a los presentes. Cuando ambos, limpiándose las lágrimas joviales que resbalaban por sus mejillas, quedaron satisfechos, preguntó mi dueño, con voz más profunda:

—¿Y qué piensas hacer con él?

Suspiró mi señora:

—Todavía no lo he decidido.

—No me gustaría que saliera de la *domus*. Estas bromas están muy bien aquí, en el ámbito doméstico, pero no es más que un esclavo, y no quiero ni imaginar lo que mis enemigos podrían discurrir ante tal circunstancia.

Mi dueña le miró con ojos cariñosos.

—Sí, esposo mío, no daré ocasión a que nadie le vea, pues cuidaré de mandarle tareas que no requieran su presencia fuera de estas paredes.

Lo cierto es que Om Puri quedó ocioso, ya que no había necesidad de otro par de manos en ninguno de los quehaceres diarios. A menudo mi ama Flavia le llamaba a su presencia para intentar decidir qué hacer con ese esclavo, pero luego se olvidaba de su propósito, maravillada por su semblante, tan parecido al de su esposo, y comenzó a ordenarle, como si de un actor se tratara, que ocupara el mismo puesto y forzara los ademanes que mi señor Marco Aurelio adoptaba cuando se encontraba en la casa.

Así, le sentaba en la amplia mesa de mármol de la habitación del señor y yo le ayudaba a extender unos cuantos rollos de pergamo sobre ella. El hombre tomaba una pluma de ganso con dedos torpes, pero pronto aprendió a manejarla con destreza, e incluso improvisaba algunos trazos cuyo significado sólo él conocía. En otras ocasiones, mi ama Flavia le recostaba en el *triclinium* y con sus propias manos le daba pequeños trozos de pato confitado, higos secos o alguna otra delicia, que yo portaba en una bandeja dorada, tal y como lo hacía en los primeros meses de su matrimonio con el senador, delicias que Om Puri recibía con evidente satisfacción. Pero lo que más agradaba a la señora era sentarse bajo uno de los naranjos del patio, y entonces tomaba al esclavo de la mano y le miraba a los ojos; y si alguna vez, éste hacía el intento de pronunciar palabra, mi ama Flavia alzaba la mano, imponiendo un silencio que congelaba la escena en un pasado no tan remoto, pero sí lejano en los sentimientos que parecía albergar mi señora.

Un día, mientras los sirvientes almorcábamos, como de costumbre, en la luminosa cocina de la villa, Severo acercó su boca a mi oído:

—El esclavo nuevo no ha dormido esta noche en su jergón.

—¿Y cómo es eso?

Severo se encogió de hombros.

Miré de reojo a Om Puri, que sorbía tranquilamente su sopa, ajeno a todo. Pero lo cierto es que yo también había tenido una mañana un tanto extraña, diferente de mi rutina habitual. Mi señora Flavia se había demorado en la cama más de lo que acostumbraba, y cuando se levantó su cara aparecía demacrada, como si hubiera sufrido pesadillas durante toda la noche, pero lo que más me llamó la atención fue su sonrisa, una sonrisa plena, satisfecha y rotunda. Se dejó maquillar las ojeras con aire ausente y soñador, y en lugar de hacer las cuentas con el panadero, que aguardaba en la cocina para ser recibido por mi ama, ésta decidió que era un buen día para salir a comprar telas para confeccionarse unos vestidos nuevos.

Durante toda la tarde su actitud fue igualmente lánguida y suave. Luego, en el comedor, recostada junto a mi señor Marco Aurelio, me pareció que en sus ojos había más cariño que el habitual; incluso en una ocasión tomó de la mano a su esposo con fuerza, hasta que sus nudillos palidecieron, como queriendo transmitirle una intensa emoción inexpresable con palabras.

Esa noche un terrible dolor de tripa no me dejó dormir; quizás el pescado que había tomado no estuviera muy fresco. El caso es que me levanté de mi jergón varias veces y por fin decidí prepararme una tisana que calmara los retortijones. Iba yo de camino a la cocina cuando oí unos gritos. Me sobresalté enormemente, pues venían de los aposentos de mi ama Flavia. Dudé si debía avisar a Severo para informarle, pero conociendo su malhumor al despertarse decidí cerciorarme antes. Así pues crucé el patio de los naranjos haciendo tan poco ruido como era posible y me quedé junto a la puerta de las habitaciones de mi dueña. Volví a escuchar el grito, esta vez más quedo; un ligero jadeo al final, que por la lejanía antes yo no había percibido, me indicó que, en aquel momento, ningún dolor atravesaba a mi señora. O tal vez sí, a veces un placer puede ser tan intenso que causa dolor. Con una sonrisa volví a encaminarme hacia la cocina.

Y así fueron pasando las jornadas. Mi dueña parecía otra y al señor Marco Aurelio se le veía satisfecho por ver a su esposa con tal talante y energía. Los extraños juegos con Om Puri continuaban pero más espaciados; mi ama Flavia volvió a tomar las riendas de su *domus* con bríos renovados.

Cierto día, al terminar la diaria reunión de los señores alrededor de las viandas de la cena, mi dueña, con voz grave, se dirigió al senador Marco Aurelio:

—Esposo mío, te pido que esta noche no vayas a la villa de Cayo Licio. Tengo un asunto de suma importancia que tratar contigo.

Severo y yo nos miramos con disimulo. La petición de mi señora ciertamente se salía de lo común.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. No puedo esperar más.

—Bien, vamos pues a mis habitaciones.

Seguimos a nuestros amos hasta las dependencias del senador, en el ala más tranquila de la villa. Al llegar, mi señora cerró tras de sí la puerta de nogal con incrustaciones etruscas, dejándonos a Severo y a mí esperando en el exterior. Me resultaba imposible distinguir sus palabras, solo llegaban a nuestros oídos la inflexión y el volumen que imprimían a su voz. Primero un leve murmullo de mi dueña Flavia, seguido de un grito áspero del senador. Me pareció percibir un llanto contenido y una especie de imploración. Después mi amo habló en un tono monocorde, a lo que mi señora respondió con firmeza. Se hizo un silencio. De pronto, el senador estalló en una carcajada; mi dueña Flavia se unió a él y en sus voces se adivinaba que, pasara lo que hubiera pasado, ambos estaban satisfechos. En efecto, se abrió la puerta y mi señora salió por ella, con los ojos hinchados pero con una sonrisa radiante que le hacía parecer más joven.

Al poco tiempo, una mañana, mientras ceñía una liviana túnica entorno a la fina cintura de mi dueña, esta me amonestó con suavidad:

—No tan fuerte, Úrsula, estoy encinta.

Inmediatamente le pedí permiso para ir, en cuanto mis obligaciones me lo permitiesen, al templo de Ceres para realizar una ofrenda por la buena nueva. Sonrió tranquila.

—Sí, claro que puedes ir.

¡Qué alegría, un niño en la casa! Pronto toda la *domus* supo la feliz noticia, y nos afanamos a prepararlo todo para cuando llegara el bebé. Hasta Om Puri participó en los quehaceres aunque, eso sí, nunca fuera del abrigo de la villa. Por señas le pidió a la señora un pedazo de madera de

balsa y algunas herramientas de carpintero, con las que labró una preciosa cuna con intrincados motivos florales y extravagantes arabescos.

Durante los meses de gestación, mi amo Marco Aurelio estuvo pendiente de todos los antojos de su esposa. Incluso a veces se sentaba con ella en el patio de los naranjos, y mientras yo me instalaba en uno de los bancos laterales para no estorbar su intimidad, le veía apoyar su mano sobre el vientre abultado. En una ocasión, se acercó Om Puri a enseñarle a mi señora Flavia sus progresos con la cuna. El amo le echó tal mirada glacial que el semblante del esclavo, normalmente risueño, se oscureció y, sin más, se dio la vuelta y se marchó.

El niño nació el primer día del mes de Marte. El parto fue rápido y sin problemas; el bebé, terriblemente feo como todos los recién nacidos, estaba sano y en su peso normal. Cuando se desprendió de los jironcillos de piel translúcida, recuerdo de la matriz de su madre, su tez mostró un tono de bronce antiguo, y al abrir los ojos, la oscuridad de su mirada recordaba al instante el semblante de aquel que lo engendró.

En efecto, en esos días en los que la casa se llenó de visitas, deseosas de conocer al nuevo miembro de la familia, todos se inclinaban junto al lecho materno y contemplando al pequeñín, que yacía plácidamente en los brazos de mi ama, exclamaban con asombro:

—¡Por Baco! ¡Cómo se parece al senador!

A lo cual contestaba mi ama Flavia, con una sonrisa un tanto pícara:

— Sí, es igualito a su padre.